

La amenaza de la ciudad. Identidad y vida urbana en el post siglo XX

Andrés Aedo Henríquez¹

El hombre histórico es distinto al hombre en su historia, pues la historia es la vez experiencia y conciencia de los horizontes, ya que el sujeto siempre se expande más allá en virtud de su capacidad de asombro y de esperanza.

HUGO ZEMELMAN, *Los Horizontes de la Razón*.

No habría posibilidad de reelaborar una cosa según el deseo si el mundo fuera cerrado, lleno de hechos fijos e, incluso consumados. En lugar de ello hay simplemente procesos, es decir, relaciones dinámicas, en lo que ha llegado a ser no se ha impuesto totalmente. Lo real es proceso, y este es la mediación muy ramificada entre presente, pasado no acabado y, sobre todo futuro posible.

ERNST BLOCH, *El Principio Esperanza*.

El estado de situación: Los mitos caídos de la vida urbana

Los cambios a todo nivel han sido tan radicales en los últimos 30 años, que fueron capaces de afectar la estructura urbana como totalidad y, de paso, la forma en que nos relacionamos “en” y “con” los espacios urbanos. Efectivamente, habitamos una ciudad muy distinta de lo que fue, al parecer no hace muchas décadas, esta misma ciudad u otras del mundo, según ciertos mitos de la vida urbana moderna. Hubo una época en que la vida urbana tenía muchas ventajas sobre la vida rural; las normas de urbanidad, daban al habitante de la ciudad una cierta “superioridad cultural” por sobre los otros miembros de los territorios nacionales; vivir en una ciudad era vivir en el origen y resultado del proceso civilizador –inevitable en esa época–, del progreso humano.

¹ Andrés Aedo es Licenciado en Antropología Social de la Universidad de Chile. Ayudante de la Cátedra de Antropología Urbana de la Universidad de Chile. Contacto: andresaedo@esfera.cl

La ciudad “brillaba sobre las colinas”, dando status al habitante urbano, lo que lo distinguía de su connacional rural e incluso de su connacional de la ciudad provincial, en el caso de los habitantes de las capitales. La distinción barbarie-civilización se asemejaba a la distinción rural-urbano, o si se prefiere tradicional-moderno. El ímpetu modernista nos legó, entre el ideal de democracia y el de soberanía popular, más el delirio de la técnica industrial, una imagen y un escenario del progreso humano: la urbanidad y la ciudad; donde estas, junto con todos los demás aspectos de la vida moderna, inaugurada violentamente en la Revolución Francesa, estaban al alcance de la mano de todos aquellos que quisieran extenderla hasta la ciudad. Eran bienes públicos.

A pesar de eso, la ciudad industrial de la época de oro del liberalismo —muy propia del mundo de la “doble revolución”² que marca al siglo XIX— guardaba dentro de sí la huella indeleble del lado B del proceso civilizador: la pobreza y la miseria urbana. Este lado oscuro de la época de la sociedad Victoriana apareció, de repente, cuando el periodista Andrew Mearns llevó a la pulcra y sofisticada sociedad inglesa del siglo XIX por un viaje hacia los barrios bajos de Londres, en un artículo llamado “La ciudad de la noche espantosa” en 1887, haciendo aparecer a los otros miembros de la ciudad ante los ojos de la ciudad pulcra y brillante, paradigma del progreso humano. El periodista alcanza un nivel descriptivo casi al borde del horror:

Pocos de los que leen estas páginas tienen idea de los que son estas pestilentes guaridas, donde miles de personas viven hacinadas en medio de horrores que nos recuerdan lo que hemos oído sobre los barcos de esclavos. Para entrar en ellas hay que adentrarse por patios nauseabundos a causa de los gases venenosos y mal olientes que resultan de la acumulación de aguas residuales y de todo tipo de basura que yace esparcida y que a menudo flota bajo nuestros pies; patios en los que casi nunca entra el sol, ni el aire fresco, y que muy pocas veces han recibido el efecto beneficioso del agua.³

Según Peter Hall, autor del libro que nos ha recordado este relato, el llamado de este artículo —viaje por la ciudad miserable— produciría la respuesta de la paternalista clase alta londinense, y se implementarían los primeros equipos de planificación urbana. El siglo XX⁴ recibió esta carga de la pobreza urbana de la época del capitalismo liberal. Al mirar hacia atrás, vemos cómo el siglo XX siempre está cruzado por el intento de superación de la pobreza y del déficit habitacional perenne, con el Estado

² Eric Hobsbawm, *La Era de la Revolución. 1789-1848*, Buenos Aires, Crítica, 1998.

³ Peter Hall, *Las Ciudades del Mañana: Historia del Urbanismo en el siglo XX*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1996, p. 25.

⁴ Me gustaría agregar un dato sobre el siglo XX y las ciudades. Quizás no sea importante, ya que nuestros ojos lo han visto por televisión hasta llegar a acostumbrarnos, pero el siglo XX es el primer momento de las guerras humanas donde la guerra se traslada a las ciudades como objetivo específico de guerra. El terror de los bombardeos en las ciudades es propio del siglo XX y tiene un lugar de inicio, Guernica en España, durante la Guerra Civil. Luego le seguirían en una estela de terror y muerte: Londres, Belgrado, Berlín, Hiroshima, Bagdad. La relación entre la guerra, el terror y la ciudad se revela como una ligazón casi co-sustancial en estos días.

como protagonista principal supliendo al mercado en la distribución de los recursos. El mito de la urbanidad y de la ciudad se mantuvo; el ideario del progreso, con sus posibles salidas, socialistas o capitalistas reguladas, vieron a la ciudad y la vida urbana como un indicador fiel del desarrollo de las sociedades y de la llamada “batalla de la producción” entre occidente y el oriente socialista.

Pero en el fin de siglo se invirtieron los papeles. La ciudad y lo urbano ya no calzó necesariamente con el progreso como negación de la barbarie que estaba afuera de la ciudad o en sus márgenes. El infierno había entrado en la ciudad. Si bien hacía mucho tiempo que a la ciudad se había agregado población que venía del mundo rural, en el típico *continuum* migración campo-ciudad, y que con eso había empezado “el gran escape” de los sectores sociales altos, la ciudad durante el siglo XX mantuvo su status de cuna de la civilización. Con la llegada de la crisis en la sociedad del siglo XX, los sectores altos de la sociedad radicalizaron su huida —y con eficiencia— escapando del mínimo contacto social que pueden tener los seres humanos, la “contigüidad espacial”, haciendo imposible el contacto con los sectores de menos recursos, o con los simples extraños, característica propia (según Richard Sennett) del vivir en una ciudad, el encontrarse con extraños. Así, construyendo sus propias zonas habitacionales y marcando las diferencias sociales a través de un establecimiento espacial en la ciudad, la ciudad misma dejará de ser un espacio unificado y con límites precisos que lo distinguirán de su entorno, y comenzará el proceso de “trizadura urbana”, donde los espacios se definieron al interior de ella, formando territorios en la urbe.

Los últimos treinta años, el período del “Derrumbamiento”,⁵ nos trajo nuevas experiencias y radicalizó algunas tendencias anteriores, dejando a generaciones completas en estado de perplejidad. Dislocados por la nueva discontinuidad, los sujetos se lanzaron a una vida y a un mundo que no conocían; y en los cuales nadie tenía “mapas cognitivos” para prepararlos. La ciudad en el fin de siglo sufre la posibilidad del estado de Naturaleza, de un estado “rudo” de sociedad del que hablaban los economistas políticos del siglo XIX, marcado por la desconfianza, la deslealtad y la competencia. Una ciudad de individuos, al parecer, había nacido. Un lugar donde las discontinuidades son la norma es un lugar en el cual nunca se puede estar, un lugar solo con individuos que están compelidos a buscar su propio beneficio nunca llega a ser una colectividad. Un agregado de individuos, plenamente individuos, estaba ocupando la ciudad. Solos y aislados en la urbe, los viejos espectáculos de “La ciudad de la noche espantosa” volvieron. El siglo XXI comienza más parecido a los finales del siglo XIX. Hobsbawm nos presenta así el nuevo escenario urbano en el período:

Por lo que se refiere a la pobreza y a la miseria, en los años ochenta incluso muchos de los países más ricos y desarrollados tuvieron que acostumbrarse de nuevo a la visión cotidiana de mendigos en las calles, así como al espectáculo de las personas sin hogar refugiándose en los soportales al abrigo de cajas de cartón, cuando los policías no se ocupaban de sacarlos de la vista del público. En una noche cualquiera de 1993, en la ciudad de Nueva York, veintitrés mil hombres y

⁵ Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1998, p. 403.

mujeres durmieron en las calles o en los albergues públicos... ¿Quién en los años cincuenta o incluso a principios de los setenta hubiera podido esperarlo?⁶

El nuevo fenómeno social no solo fragmentó la sociedad del siglo XX, fragmentó incluso las expectativas que se podían tener de la vida en sociedad. De alguna manera no solo los “medios institucionalizados” se vieron afectados, también lo fueron las “metas culturales”. Este nuevo fenómeno fue teorizado como la “debilidad del nosotros”, como la “caída” de la *Polis*, como la sociedad posmoderna, o como un tipo de modernidad donde los vínculos sociales se vuelven débiles, donde la metáfora de lo “líquido” como lo pasajero, lo vertiginoso, y la transformación constante, es la clave de las nuevas formas sociales.⁷ Existiría una vuelta hacia el *Oikos*, hacia lo privado, y no solo como metáfora, sino como un paso efectivo hacia el domicilio privado como fuente garantizadora de sentido.⁸ Esta pérdida del sentido público de la vida, y por lo tanto, del sentido público de la urbe, hizo que la ciudad en tanto espacio público perdiera su capacidad de contener a los individuos de manera colectiva y los encerró en sus hogares, los cuales se volvieron refugios frente al lugar inhóspito del espacio público urbano. El infierno ya no estaba extramuros, sino intra y, al parecer, demasiado cerca.

El gran mito caído de finales de siglo XX fue el espacio público en casi todas sus definiciones y aplicaciones. Este se volvió amenazante y digno de desconfianza; más allá de la delincuencia, el espacio público urbano es el escenario de la violencia de la ciudad, con todos los males de la ciudad latinoamericana, planificada a veces y a veces abandonada a los agentes de mercado, con su tendencia de siempre a generar irracionalidad social a partir de las racionalidades individuales. La “mano invisible del mercado”, que era la gran hipótesis que constituía el salto del individualismo materialista hacia fines sociales que no estaban en su racionalidad de origen, en la urbe no logra expresarse. Los males de la ciudad se suceden provocando inseguridad: caos vehicular, choques, atropellos, suciedad apilándose, plazas vacías, calles oscuras, murallas pintadas, autobuses en mal estado y, en medio, gente que rauda intenta llegar al hogar. La ciudad violenta es de lo que hay que escapar. Marcar las fronteras frente a la contingencia del espacio público urbano es la norma. Nuestra actual “condición urbana” está marcada por la inseguridad y por la desprotección ante la violencia urbana perpetrada casi siempre por los extraños. Existen hasta el momento dos estrategias privadas para

⁶ Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 406.

⁷ Zygmunt Bauman, *Modernidad Líquida*, Buenos Aires, FCE, 2003.

⁸ El informe del PNUD de 2002 presenta la idea de la familia como la principal generadora de sentido para los chilenos, paradójicamente el 60% de los entrevistados por la encuesta PNUD 2001 piensan que la familia está en crisis. PNUD, *Nosotros los chilenos: Un desafío cultural, Informe de desarrollo humano*, PNUD-ONU, Santiago, 2002, pp. 204-12. Reafirmando esto, el estudio realizado por los profesionales del PREDES de la Universidad de Chile llegaba a las mismas conclusiones, eso sí, agregando la idea de que cuando los sujetos se desplazan del espacio privado al espacio público urbano, también lo hacen en familia, como por ejemplo, el paseo al mall. Lo que pone entredicho los espacios clásicos de vinculación social urbana. Este último elemento es destacado por los estudios del Programa de Estudios Desarrollo y Sociedad, de la Universidad de Chile.

escapar de la violencia y la contingencia urbana, que son al mismo tiempo dos formas de procesar la presencia de los extraños, que abundan en la urbe: una de ellas es que los extraños no “existan como extraños” y la otra es que simplemente no estén. La primera es la negación de la otredad y la segunda es la negación radical de su presencia física.

Los no-lugares y el nuevo anonimato urbano

El nuevo proceso de modernización tiene como efecto, como siempre, la desagregación social. Personas marcadas por sentimientos como la desconfianza, llegando al temor puro, son los personajes de la época que ven la ciudad desde sus televisores. La ciudad moderna y la vida metropolitana siempre estuvieron marcadas por el anonimato de los individuos, donde estos se habrían liberado por fin del peso de sus comunidades anteriores para ejercer con renovada liberalidad su individualidad, donde este anonimato era un escudo protector para el habitante urbano. La urbe, y sobre todo el centro urbano, ocultaba y protegía a los sujetos de las miradas constreñidoras de sus iguales. Un punto que parece, al mirarse de manera rápida, un elemento a favor de las libertades de los individuos. La ciudad es, bajo esa mirada, el lugar de los individuos que con nuevas formas de sociabilidad se establecían en ella. La comunidad de origen se perdía al entrar en la ciudad, y nuevas figuras sociales eran trabajadas por los individuos.

Pero hoy, cuando la totalidad de lo social no puede ser referida al Estado-Nacional, aparecen en el horizonte urbano nuevas formas de interacción entre los sujetos. La individualización de los individuos nos hace, hoy, poner alarmas sobre la idea de sociedad como una totalidad trascendente y, a veces coercitiva, sobre los individuos. La nueva libertad ganada puede ser un punto a favor de la individualidad, pero como toda época histórica trae paradojas para los sujetos que viven en sociedad. Los vínculos sociales se tejen en estructuras rígidas en cuanto a sus posibilidades de uso, sin que eso signifique que haya ahí una colectividad. Hay un uso común, casi diríamos un consumo común, de ciertos espacios sin que eso dé pautas para que se tejan redes de solidaridad propias de las dinámicas de grupos. La posibilidad del espacio público como Espacio Público es reunir de manera significativa, suspendiendo durante algunos momentos la individualidad e integrando a una totalidad que reúna colectivamente a los individuos. El transporte colectivo y el uso común que hacemos de él, nos presentan las nuevas metáforas para pensar en esos encuentros co-presenciales entre individuos —a veces de más de una hora en la ciudad dispersa—, sin que la individualidad pueda expresarse.

Todo esto tiene consecuencias para quien intenta analizar la vida urbana. La ciudad pierde su calidad de “lugar propio”. Los otros se multiplican, mientras más pequeños nos hacemos, y la ciudad aparece llena de otros, los cuales por norma no solo no podemos conocer, sino que además debemos desconfiar de ellos, más allá del hecho —casi irrelevante— de si es peligroso o no. Paranoia que se da en esos espacios de encuentros directos con otros; espacios que ocupamos en conjunto: la ciudad es usada en conjunto, sin que signifique más que eso, uso al unísono por parte de individuos.

Tenemos enfrente a un nuevo tipo de ciudad y con ella un nuevo tipo de vida. La ciudad basada en la dialéctica de viaje-morada, según nos recordaba García Canclini a propósito de Walter Benjamin —un enamorado de las ciudades—, está cediendo a nuevas experiencias. La relación morada-viaje estaría en tensión, y no sólo por los fenómenos de hiper-realidad con eso de espacio-cero y tiempo-cero, donde todo llega sin que tengamos que movernos y donde sin movernos estamos siempre en movimiento. La morada se plegó al viaje y el viaje a la morada, podemos estar en todos lados y al mismo tiempo en nuestro hogar sin que eso marque las fronteras específicas de antaño, la “casa-mundo” se volvió una posibilidad real en esta época. Pero al desconectarse de la red, del espacio virtual, o de la comunicación total, la dimensión de la espacialidad y del tiempo vuelve a regirnos. Y la ciudad como espacio vuelve a aparecer. Una ciudad marcada por la desconfianza, no sólo en los sujetos, sino que es el espacio mismo el que está significado por la desconfianza, por la desprotección y por el temor. Una ciudad que habría caído bajo el imperio del estado de Naturaleza, de un estado “rudo” de sociedad. La ciudad es “eso” que está afuera.

Desconfiados, atemorizados, inseguros, habitantes de la ciudad, ciudadanos-inseguros. Nombre para el bronce: Inseguridad Ciudadana. La ciudad se transformó en un espacio de peligro, más allá de la discusión sobre el origen del fenómeno. Algo pasó, y de manera vertiginosa, demasiado tiempo frente al televisor, demasiado tiempo frente al computador, que se nos olvidó la experiencia física de la ciudad. La percepción nos conectó con el texto predominante sobre la ciudad, la ciudad y el texto sobre ella se hicieron indistinguibles, la experiencia mediatizada volvió al espacio urbano una ciudad virtual, donde la ciudad como espacio se imbricó con los discursos que hay sobre ella.⁹ Pasamos de cierto *flaneur*, el que tenía un gusto estético en caminar por la ciudad, a un habitante atemorizado en busca de seguridad, que se abraza a los postes de iluminación y a las gasolineras abiertas hasta tarde. La urbe se llenó de “no-lugares”,¹⁰ donde pueden estar todos juntos y al mismo tiempo solos. Se encubrió el peligro del espacio público, y se reemplazó por no-lugares, como forma de escapar al constante peligro de los “exteriores al interior” de la urbe. El texto prescriptivo, prohibitivo o informativo del no-lugar predominó sobre la experiencia física de la ciudad, cada espacio cortado, cada punto-ciego, o, como lo llaman los planificadores urbanos, “punto-trampa”, puede ocultar al peligro latente de un daño posible.¹¹ La probabilidad del daño se volvió ubicua; por eso la iluminación y la “permeabilidad visual” de los espacios públicos se ha convertido en una variable a considerar en la trama urbana.¹² El espacio mismo está significado, no se requiere al sujeto, el espacio mismo es productor de temor.

⁹ Hugo Caggiotti, “Ciudad texto y discurso. Una reflexión en torno al discurso urbano”, septiembre 2003, en www.geocritica.es.

¹⁰ Marc Auge, *Los “No Lugares” espacios del anonimato: Una Antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa, 1996.

¹¹ El punto trampa o punto-ciego en la urbe no es solo una metáfora de lo que no se logra ver, de lo oscuro y no transparente; efectivamente es estos puntos como las intersecciones donde se producen la mayor cantidad de robos con fuerza, acumulando una frecuencia relativa del 43%.

¹² Francisco Harrison y Bruce Swain, *Guía de Diseño del Espacio Público*, Minvu, Chile, 1999, pp. 111-124.

No es posible subvertir el espacio urbano con otros usos, la ciudad es un espacio ajeno, es un lugar de otro, y no sólo de otro en tanto un extraño, sino que un extraño cargado de posibilidad de dañarnos, lo que lo convierte en un portador de contingencia. La identidad, la relación y la historia, elementos característicos, según Marc Auge, del Lugar Antropológico¹³ no resultan propios del habitante urbano. La ciudad es de los otros. Nada parece ser capaz de subvertir el texto que tenemos de la ciudad; vamos y volvemos en una carrera por avanzar lo más rápidamente hacia nuestros refugios. El caos urbano, como anota Jesús Martín Barbero,¹⁴ ya no es el flujo interminable, es el atasco vehicular. No es el movimiento interminable, sino la quietud desesperante.

La ciudad dispersa de hoy nos vuelve efectivamente hacia estos no-lugares y a los espacios privados. La ciudad se llenó de no-lugares, de espacios con “manual de uso”, con reglas tan nítidas y claras, que hace irrelevante nuestra presencia en ellos. No llenamos de ningún contenido los espacios, los espacios están llenos de contenido previo a la presencia de los sujetos, no necesitan para poder existir de la experiencia humana, porque esa experiencia esta sometida a las reglas del no-lugar. Todas las formas en que se configura el espacio en la ciudad contemporánea suspenden nuestra individualidad, pero no nos reúne de manera significativa, nos mantiene juntos y al mismo tiempo separados, en una forma anómala de las identidades colectivas. Quien no está en los no-lugares, está en espacios privados como el hogar o en espacios privados, donde no todos tienen acceso. Los lugares públicos de antaño, donde estabas obligado a negociar parte de tu identidad, los lugares donde los sujetos tienen una preeminencia sobre el espacio comienzan a escasear. Aquellos lugares que podían reconfigurarse dependiendo de los sujetos y sus procesos de negociación, han dado paso a los lugares donde el espacio tiene preeminencia sobre los sujetos.

Los lugares privados y los no-lugares tienen una misma característica: brindan seguridad, o una “sensación” de seguridad. Contienen el peligro de la urbe, bajo sus límites territoriales, dejando afuera el contacto con los extraños, los espacios privados están bajo el régimen de propiedad individual, y los no-lugares bajo el régimen del manual de uso del espacio. El primero caso es propio de la dicotomía espacio público y espacio privado del régimen de propiedad. Pero el segundo presenta una dualidad: la de ser un espacio abierto —de esta manera cae dentro de la categoría de lo público—, pero al tener las reglas del uso fijadas no logra nunca convertirse en un espacio plenamente público, ya que la otredad del otro, o nuestra misma identidad, no logra expresarse si no es dentro de los marcos establecidos por el no-lugar; estos espacios del anonimato no son espacios de libertad donde nos habremos liberado de la prisión comunitaria, sino que el nuevo anonimato es la suspensión de la individualidad, sin tener las herramientas para poder negociar la estadía en el espacio. La diversidad y la negociación de identidades no es un juego que hagamos en el no-lugar con otros sujetos, el no-lugar nos hace irrelevantes, impone sus reglas, liberándonos de la

¹³ Marc Auge, *op. cit.*

¹⁴ Jesús Martín Barbero, “Mediaciones urbanas y nuevos Espacios de comunicación”, julio 2001, en www.fsoc.uba.ar.

otredad del otro. Esta forma que tiene de articularse la espacialidad con los sujetos, transforma las identidades de las personas, que son compelidas a moldear su carácter a las normas del espacio e introduciendo a los sujetos a la idea de una personalidad flexible. Un nuevo tipo de hombre, ya no con carácter sólido, sino flexible, aparece en la vida urbana. Un hombre que se adapte a las contingencias que escapan de su control, como una nueva naturaleza que se escapa de sus manos; un hombre que tenga una identidad a plazos cortos y parciales, que pueda cambiar y recambiar según el antojo de la nueva naturaleza. Una identidad que ya no es tanto una producción sino un consumo de oferta cultural:

...la identidad debe permanecer *flexible* y siempre susceptible de ulterior experimentación y cambio; debe verdaderamente un tipo de identidad “hasta nuevo aviso”. La facilidad para deshacerse de una identidad en el instante en que deja de satisfacer o es privada de su atractivo por la competencia de otras identidades en oferta, distintas y más seductoras, es mucho más vital que el “realismo” de la identidad que se esta buscando o de la que uno se ha apropiado y disfruta momentáneamente.¹⁵

Esa misma personalidad flexible es la necesaria para poder penetrar a los no-lugares, la capacidad de adaptabilidad es la que se requiere para saber leer el “manual de uso” del no-lugar y aceptar sus reglas. Los espacios transforman a los hombres a su antojo, el hombre debe modularizarse, tener partes intercambiables entre sí para poder adaptarse a la nueva fisonomía de los espacios urbanos. Pero existe, sin embargo, otra salida. Una puerta abierta a otra forma de experimentar la ciudad y el fenómeno identitario del nuevo modo de vida urbano. Esta forma de experimentar la vida urbana consiste en negar la ciudad en principio. No es como aquella del no-lugar, que fagocita la urbe y requiere de la flexibilidad de las identidades. Ésta niega la ciudad y, a veces, simplemente la elimina.¹⁶ Dicha salida es la de “la búsqueda de la pureza”, donde los peligros contaminantes de la urbe hayan sido dejados afuera, búsqueda de un lugar donde estemos con los nuestros y, por lo tanto, seguros de que los peligros quedaron lejos: la comunidad.

La comunidad en la urbe: “cada uno en su lugar”

Cuando la sociedad industrial hizo su aparición en el mundo, puso en tensión a todas las formas de organización social de ese entonces. Quienes más sufrieron esta

¹⁵ Zygmunt Bauman, *Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001, p. 73.

¹⁶ La posibilidad real del desaparecimiento de la ciudad, dentro de los mapas cognitivos de algunos habitantes de la ciudad es un hecho bastante probado. Los circuitos urbanos que se producen en algunas zonas de nuestras ciudades reducen los desplazamientos espaciales y territoriales, con lo que vastas zonas de la ciudad no sólo aparecen como una irrealidad y es necesario imaginarlas, sino que, efectivamente, se vuelven imposibles de imaginar, desaparecen.

época de desarraigo fueron las llamadas “comunidades tradicionales”. La comunidad basada en la co-presencia y en vínculos sociales muy densos, dio paso a la idea de sociedad, donde los habitantes de las ciudades no sólo no se conocían entre sí, sino que además estaban imposibilitados para ese efecto, por el mismo crecimiento desmesurado de la urbe hasta por las relaciones económicas capitalistas. Las relaciones parciales y contractuales parecían haber dominado a los contactos totales y personales de la vida comunitaria tradicional.

La pérdida de los vínculos comunitarios parecía ser el indicador mismo de la vida urbana. El anonimato urbano ocultaba a los sujetos de la vigilancia de las antiguas comunidades; el centro de la metrópolis ocultaba a los individuos de la larga mano de la “memoria social” de los vínculos comunitarios. Las redes de solidaridad propias de las comunidades aldeanas habrían caído bajo el influjo de la acción social individualmente medida, liberando de esta manera a los individuos. A pesar del modelo, las comunidades no desaparecieron de la urbe y se reinventaron bajo las nuevas condiciones. En el mismo momento en que el *homo economicus* que busca su propio interés y bienestar de manera individual está por imponerse, desarraigando las comunidades tradicionales, nuevas configuraciones comunitarias aparecieron: los Estados-Nación como “comunidades imaginadas”, las solidaridades de clase formadas a partir de la experiencia laboral, los sindicatos, los partidos políticos¹⁷ o, en último caso, las comunidades territoriales que se formaron por la contigüidad espacial-residencial como los barrios. Con esto podemos establecer que las comunidades nunca desaparecieron del horizonte de la urbe, y que nunca hemos estado en una sociedad como un total agregado de individuos, regidos por su sola racionalidad individual, la dualidad sociedad-comunidad sigue persistiendo, pero son los contextos urbano-históricos los que marcan sus nuevas dinámicas.

Los teóricos urbanos de la Escuela de Chicago, especialmente Robert McKenzie hacia 1920,¹⁸ ya nos habían advertido que el vivir en comunidad era un anhelo de los habitantes de las nuevas ciudades. Los *ghettos*, los vecindarios y las comunidades étnicas, establecidas espacialmente, habían mostrado ya a los investigadores de Chicago la fuerza de la comunidad en la urbe, e incluso, llegando a constituirse “comunidades totales” al interior de la ciudad, donde toda la experiencia vital de los sujetos estaba sometida al programa comunitario llegando al extremo de tener instituciones propias que funcionaban por fuera de las instituciones nacional-estatales, como en el caso de los *ghettos*. El *ghetto*, hay que decirlo, estaba basado en el empuje de la sociedad a un confinamiento territorial de uno de sus “componentes”, es una marginalización forzada por mecanismos explícitos como los jurídico-políticos y a veces implícitos como los económico-políticos. A pesar de eso, tiene la fuerza de la vida comunitaria donde los individuos no están solos atrapados en la red urbana, y pueden depositar confianza social en el territorio. Por eso es que la comunidad territorial se convierte en un bien valorado en la vida urbana. Robert McKenzie nos introduce en la venta de la comuni-

¹⁷ A los ojos actuales puede parecer extraño, pero los partidos políticos eran, al mismo tiempo, clubes sociales.

¹⁸ Gianfranco Bettin, *Los Sociólogos de la Ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili Editores, 1982, pp. 90-97.

dad suburbana de las ciudades, donde la comunidad territorial agrega valor a la propiedad individual de la unidad habitacional, e inicia la idea de la confección de los barrios por los agentes inmobiliarios. El espacio circundante entonces es parte de la unidad habitacional, conformando un nuevo territorio, donde este territorio le agrega valor de cambio a la unidad habitacional. La unidad habitacional se vende con un espacio delimitado de acción para los miembros del territorio. Esta nueva forma de venta de la unidad habitacional tiene su consolidación material en la idea del “condominio”, negando el tipo de unidad habitacional en una calle conectada y de libre circulación. Este tipo de crecimiento urbano es lo que Jordi Borja llama crecimiento por “pastillas”,¹⁹ donde un territorio completo, que busca su plenitud y autonomía del espacio público de la ciudad, es añadido a la continuidad urbana. Territorio que no estará accesible para todos, un territorio que solo está conectado con la ciudad, pero que no es parte de la ciudad.

Demás esta decir, que en estos nuevos barrios, la posibilidad de la diversidad está imposibilitada, y esa es, básicamente, su función. El mercado actúa como un segregador basado en las posibilidades de consumo de los sujetos. Estas nuevas comunidades no nacen a partir del “quiénes somos”, como una pregunta por los contenidos de la identidad, sino más bien como una respuesta al “de quién nos diferenciamos”, logrando que la identidad del territorio se logre primero por la diferencia que por un contenido preciso. La exterioridad del otro o de lo otro es constitutiva de las nuevas formas identitarias que se configuran en los espacios urbanos. Estas comunidades tienen como función segregar, marcar la diferencia, impedir los contactos. Presentando el abismo entre la contigüidad espacial y la contigüidad territorial, podemos estar en el mismo espacio, pero no en el mismo territorio.

Hoy, en el nuevo régimen, el uso de la palabra “nosotros” se ha vuelto un acto de autoprotección. El deseo de comunidad es defensivo, y a menudo se expresa como rechazo de los inmigrantes y otras personas de fuera: la arquitectura comunal son los muros contra un orden económico hostil. Sin duda, es una ley casi universal que el “nosotros” puede usarse como defensa contra la confusión y la dislocación.²⁰

En el espacio “libre” quedan los extraños, y cuando ingresamos a él somos también extraños, en el territorio están los nuestros y quienes hemos identificado para que puedan hacer su ingreso. La comunidad habitacional nos sirve para escapar de la extrañeza que nos envuelve en el espacio público urbano, al estar en el espacio público urbano estamos frente a una extraterritorialidad, somos extraños ante él. Por lo tanto la única posibilidad de volver a un “lugar de acogida” es volver a nuestro espacio privado y privativo, a un lugar donde estén nuestros iguales, o a un lugar donde la

¹⁹ Jordi Borja, “El gobierno del territorio en las ciudades latinoamericanas”, mayo 2004, www.iigov.org.

²⁰ Richard Sennett, *La Corrosión del Carácter: Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 145.

extrañeza no tenga sentido. Al llegar al territorio nuevamente somos nosotros, nos ofrece la posibilidad de ser, claro que dentro de las reglas que se han establecido como forma de interacción entre los nuestros. Más allá del territorio, cuando entramos al espacio público urbano, perdemos lo que el territorio nos da: seguridad, o bajar los niveles de contingencia. El nuevo barrio urbano es un espacio con límites físicos, la mayoría de las veces marcado con rejas, que deja afuera la posibilidad de encontrarse con los extraños anónimos que circundan la ciudad, es un tipo de espacio autorreferente que imposibilita físicamente la entrada de extraños. La contingencia del espacio público es reducida a través de la construcción de las comunidades cerradas. Esa cerrazón fundamental del espacio configura espacios particularizados. La ciudad se heterogeniza espacialmente y homogeniza territorialmente.

La contingencia y la incontrolabilidad de los espacios urbanos públicos nos hace anhelar los espacios no sometidos al régimen de lo contingente. Cualquier atisbo de certeza es aceptable. La posibilidad de la seguridad es escapar de la constante angustia de estar con extraños, extraños como hemos dicho portadores de la posibilidad del daño, portadores de la violencia, aunque con la simple contingencia de no saber qué esperar, basta. Por eso construimos las nuevas formas de comunidad en los espacios privados, o suspendemos nuestra individualidad sometida a la contingencia urbana en no-lugares. Estas comunidades nos permiten colgarnos y hacer descansar la individualidad atormentada por la contingencia de la circulación urbana, este tipo de espacios no segrega espacialmente, pero hace irrelevante la otredad del otro. El otro que aparece presencialmente en el no-lugar no tiene importancia en estos espacios. La ciudad contingente, extraña y ajena, se insustancializa en el no-lugar y nos permite colgarnos durante algunos momentos, aceptamos su regulación, estamos con otros, pero no son extraños, estamos en el interior de un contenedor que fagocita las diferencias.

Al colgarnos por unos momentos en los nuevos espacios urbanos, logramos escapar de la extrañeza de la ciudad, pero siempre queda en el aire el hálito a ciudad que viene del espacio público urbano. El espacio privado no logra cortar la relación que hay con el espacio público, la ciudad se constituye en esa constante relación entre espacios públicos y espacios privados, y esa relación tímica de la actualidad nos seguirá acompañando. El emplazamiento urbano y sus habitantes no pueden negar simplemente la ciudad y absorberse de su constitución: siempre estarán cruzados y señalados por esta dicotomía propia de vida urbana moderna. La pregunta que queda pendiente es: ¿que pasará cuando las respuestas privadas a la inseguridad urbana se vean superadas? Ya que ante ese efecto queda una sola salida: la pública y/o estatal. Y esta puede tener variadas formas y, como sabemos, no siempre respetando los valores democráticos. ¿Cuál será el costo del orden y la seguridad urbana? La vuelta del Leviatán que puede traer orden siempre es una posibilidad y, en una ciudad fragmentada como ésta, la unión puede venir de la fuerza.